

Los Bioy

Noemí Ulla

Esa casa de la calle Posadas parecía iluminarse, para Silvina, con la llegada de Bioy. Él traía las noticias de afuera, algún libro que se había presentado, comentarios sobre la gente que había visto, amigos que había encontrado. Las noticias del extranjero eran las que traía Borges, ya que en ese tiempo, hacia 1980, Bioy no viajaba. A Borges se lo aguardaba con la esperanza de que contara cosas curiosas y algunos hechos que su humor, compartido en tantos años de amistad con los Bioy, convertía en cómicos. En la conversación de más de dos personas Bioy era más entusiasta que Silvina, que se quedaba como vagando por el silencio, pero si no estaba de acuerdo con algo que se decía, lo discutía con firmeza. Las discusiones literarias eran frecuentes y se daban entre Silvina y Bioy con una vehemencia que les hacía alzar la voz como yo no podría haber imaginado en personas habitualmente calmas y corteses. Creo que en esta forma de ser se parecían muchísimo, tanto como en la manera cordial de recibir a las personas que querían.

A diferencia de Bioy, con Silvina solíamos hablar por teléfono casi todos los días y de ella aprendí uno de los secretos de la amistad y del amor: comprender al otro sin ningún orgullo, ignorando los malentendidos. Con Bioy fuimos menos amigos telefónicos, casi siempre que nos hablábamos fue para vernos personalmente.

Compartí con él toda la tristeza por la ausencia de Silvina, por la ausencia de su hija Marta. Casi había perdido la voz y durante mucho tiempo fue necesario hacer un esfuerzo para oírlo. En su dolor lo sostenía una tristeza digna y callada desde donde asomaba tibiamente la lectura de los libros que lo ayudaban a vivir. Poco a poco la voz fue volviendo, aunque en un tono bajísimo que no alcanzó nunca a ser el de la voz anterior. De regreso de los primeros viajes que hacía, ya avanzada la enfermedad de Silvina, y aún después de su muerte, me confesó cuánto sufría viendo cosas que ya no podría contarle: en la fugacidad de un momento pensaba contar algo a Silvina, y en el mismo momento advertía que había perdido ya a su irremplazable confidente. Era el mayor dolor de los regresos, «porque los viajes son mejores en el recuerdo, que durante el viaje mismo», solía decir Bioy.

Mucho más atento a las novedades literarias que Silvina, Bioy leía con curiosidad alguna novela nueva, algún autor para él desconocido, o releía los libros que más le habían gustado, como las *Memorias* de Casanova, las *Cartas* de Lord Byron, los *Diarios* de Benjamin Constant y algunas biografías.

Con espontaneidad y entusiasmo, a Bioy le gustaba contar sus cuentos antes de escribirlos y escuchaba con atención las observaciones que le hacían. Una vez le mostré el epígrafe que había elegido para un libro de cuentos mío, inédito entonces. Se me ocurrió preguntarle por qué sus libros casi no llevaban epígrafes. Su respuesta fue rápida y me halagó: «Si hubiera encontrado el epígrafe que pusiste al libro tuyo, lo habría hecho. Nunca encuentro epígrafes así, aunque los busco; tengo que resignarme a prescindir de ellos porque no me satisfacen».

Borges solía comentarme respecto de los Bioy: «Bioy es muy inteligente, pero Silvina es un genio, ¿a usted no le parece?» La pregunta era dicha con una cortesía que recordaba a la de Macedonio, referida por el mismo Borges. Uno de los cuentos que mejor ilustran la imaginación de Silvina es, a mi criterio, «La nave» (*Cornelia frente al espejo*), que me leyó una tarde en que había ido a visitarla, probablemente hacia 1983. En una oportunidad en que me propuso que escribiéramos cuentos en colaboración, me inhibí y preferí olvidar la propuesta. Hoy me duele aquella inseguridad con la que recorté gratos momentos.

Cuando Bioy leyó el libro de conversaciones que hicimos con Silvina, comentó contrariado: «De a ratos parece un libro escrito por dos locas». Esa noche comía con nosotros Daniel Bengoa, inteligente y joven amigo de Silvina, quien me acompañó después a casa y me preguntó cómo no me había enojado con Bioy. Daniel no entendía mi prescindencia ante ese comentario y no advertía que Bioy estaba sumamente celoso de ese libro. Para mí la crítica suya era un elogio. Una vez Silvina se puso a bailar mientras preparábamos la mesa para comer. Bioy le llamó la atención. Él no podía entender que Silvina y yo estuviéramos encantadas de estar juntas y que necesitáramos demostrarlo.

En sus conversaciones Bioy convivía con escritores que había leído y de los que había aprendido algo: la forma de describir, de crear suspenso, de no adjetivar innecesariamente. Mencionaba novelas y cuentos con generosidad, ofrecía la literatura como un aprendizaje y un ejercicio que brindaba a otros escritores y lectores. Cuando le pregunté por Chejov, uno de mis cuentistas favoritos, me respondió arrepentido cómo había pasado de ignorarlo a descubrir finalmente su valor. Silvina casi no daba nombres de escritores. Se resistía a nombrar su genealogía literaria, parecía ignorarla. Rara

vez mencionaba espontáneamente algo que la sedujera tanto como la correspondencia de Gustave Flaubert. Bioy era un admirador constante del poeta Paul Jean Toulet.

Con el libro de conversaciones que hicimos con Bioy (*Aventuras de la imaginación*) tuve la sensación de pasar de la libertad que había sentido con Silvina (*Encuentros con Silvina Ocampo*) al orden y al límite; debía preparar tópicos precisos para trabajar con él. Silvina solía aparecer e interrumpirnos. Movía las manos como una niña inquieta, preguntándonos de qué íbamos a hablar y Bioy la invitaba a dejarnos tranquilos. Sin docilidad, con desagrado, Silvina abandonaba el escritorio de Bioy. En los encuentros de trabajo con Silvina habíamos cultivado un silencio que desataba el hilo inesperado de la conversación. Con Bioy, los silencios pautaban la serie de los temas. Pero con uno y otro también solíamos reírnos mucho.

El escritorio de Bioy y el de Silvina tenían iguales dimensiones y sus ventanas daban a la plaza San Martín de Tours. En ambos escritorios, las mesas y mesitas iban poblándose de libros que no dejaban de sumarse como una promesa hecha al tiempo. A estas pilas, que la mayoría de los escritores compartimos, se añadía la inocente infinidad de libros desconocidos que esperaban en vano un comentario.

Guardo un recuerdo en especial de esta singular pareja. Un día, fui a buscarlos a la plaza. Estaban sentados en un banco y a los tres nos llenó de alegría encontrarnos. Entregué dos varas de nardo a Silvina y mientras volvíamos a la casa de la calle Posadas, observábamos los tilos a nuestro paso. Hablamos de cine, como siempre lo hacíamos con Bioy. Habíamos visto *El rayo verde* de Eric Rohmer que tanto nos había gustado. Ya en la sala les mostré mi libro, inédito entonces, *El cerco del deseo*. Lo miraron cuidadosamente. Bioy aprobó las frases que iba leyendo e hizo los mismos reparos que yo había hecho al título, por la repetición del sonido sibilante, en tanto que Silvina dijo que a ella ese detalle no le molestaba para nada. Pasamos al comedor, donde había mucha luz, una luz que contrastaba con la luz difusa de la sala. Fue uno de los tantos instantes felices que viví en compañía de los Bioy.

